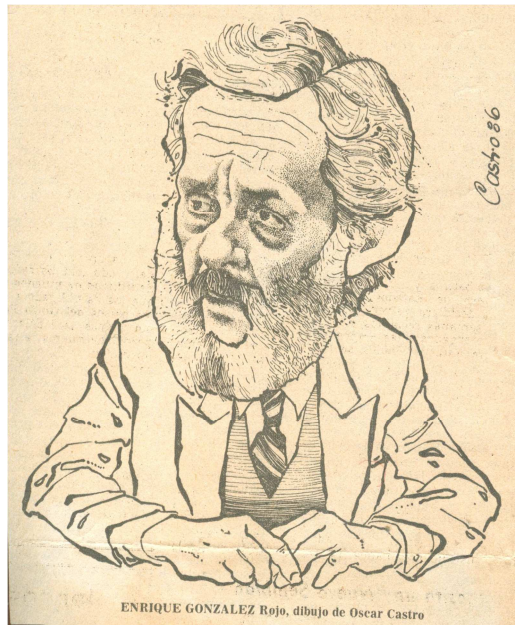


Urge Revaluar la figura de González Martínez

“La obra de Enrique González Martínez tiene que ser reivindicada y revaluada. Ni las gesticulaciones, ni los gruñidos y el rechinar de dientes de sus detractores podrán impedirlo”, exclamó Enrique González Rojo, poeta y nieto de ese gran poeta del primer tercio de nuestro siglo, en la muy concurrida presentación de la autobiografía de González Martínez “Misterio de una vocación”, dividida en dos tomos (“El hombre del búho” y “La apacible locura”) con la que la editorial EOSA inicia su Colección Biografía.



Durante la presentación, que incluyó una serie de fotografías del autor y de famosos contemporáneos como Villaurrutia, Salvador Novo y Jaime Torres Bodet, hablaron también Arturo Azuela, y Alí Chumacero, quien se limitó a leer una parte del prólogo escrito por González Rojo. Para Azuela, González Martínez era “un hombre público, académico”, diplomático y director de importantes publicaciones, un personaje mexicano de renombre universal, de gran amplitud ideológica, que luchaba a favor de los

movimientos pacifistas; sin embargo, se han olvidado muchas cosas de él”.

En una pequeña semblanza de su vida, Azuela recordó que Enrique González fue más que un hombre público y político, que incluso tuvo la oportunidad de defender la República Española cuando se estableció por segunda vez. “Fue el renovador de la poesía mexicana. En estos momentos es necesario volver una y otra vez a releer a Enrique González Martínez, porque es el ejemplo que hace falta para la literatura de hoy”.

Para Azuela, González Martínez era un hombre de “primera línea que supo reconocer sus errores políticos para llegar a una gran defensa de la patria”.

Un impresionante análisis de su obra completa y de la personalidad de su abuelo Enrique González Rojo, quien escribió también el prólogo de la autobiografía, de la cual “por desgracia, se perdió la tercera parte, que constaba de sesenta a setenta cuartillas, y en las que hablaba de los misterios de su vocación y la relación con los jóvenes escritores de lo que poco se sabe”. En esta tercera parte, comentó González Rojo, su abuelo hablaba minuciosamente de su relación con los contemporáneos: “Realmente es una lástima porque se sabe lo que los estridentistas y contemporáneos pensaban de él, pero no lo que él opinaba de ellos”.

Tras recordar que hacía falta un estudio más minucioso de su poema “La muerte de Narciso” que tiene la misma importancia que “La muerte sin fin”, y la publicación de toda su prosa, Enrique González Rojo ahondó sobre el tema de la autobiografía: El “Misterio de la vocación”, título que salió del subtítulo original “El hombre del búho”, para englobar la obra. En su biografía, explicó González Rojo, “se descubre que es esencialmente un hombre de letras, con una vocación literaria en general y poética en particular.

Ha habido mucha polémica en torno a cómo aproximarse a un modernista o posmodernista”.

Para González Martínez, esta polémica según su nieto, ha sido inútil, porque ocupaba un lugar de transición entre ambos, y afirmar que González Martínez es “el último de los modernistas resulta tan erróneo y parcial como asentar que es el primer posmodernista”.

En este contexto, Enrique González Rojo se lanzó contra Octavio Paz, quien junto con otros, “ha querido exaltar al segundo Tablada o a López Velarde en detrimento del autor de la presente autobiografía, con el argumento de que mientras ellos rompen con el modernismo, González Martínez, pese a sus declaraciones poéticas e intenciones literarias, prosigue siendo modernista”.

Enrique González Martínez, dijo su nieto, es “más que un poeta de transición entre el modernismo y posmodernismo. Se trata de un poeta que se relaciona con su momento histórico y al mismo tiempo lo trasciende”. En general, la lírica de Enrique González Martínez es una “poesía de originalidad inconfundible”, una originalidad, subrayó Enrique González Rojo, no en el sentido de “novedad a ultranza, de recorrer caminos inhallados y mundos desconocidos, o en el sentido del que desea sorprender a como dé lugar con la pirotecnia del lenguaje desarticulado y artificioso del vanguardista profesional o del farsante.

La originalidad de González Martínez reside, pues, en su capacidad para volcarse todo él en la página en blanco”.

Si Enrique González no es ni modernista ni posmodernista, se preguntó su nieto, entonces ¿a dónde va? Aparte de la influencia que ha tenido por los llamados “poetas malditos” franceses, como Baudelaire, Enrique González Martínez influyó, a través de los Contemporáneos, en toda la literatura mexicana “conscientemente o no”.

“Enrique González Martínez era reconocido por los entonces más renombrados críticos, como por ejemplo Henríquez Ureña o Ricardo Arenales, como uno de los “dioses mayores” de la poesía mexicana, junto con Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo y Luis G. Urbina, incluso “formaba el escuadrón de los grandes poetas de Hispanoamérica”, como decía Arenales en una nota bibliográfica escrita a propósito de Silenter en 1909.

Su importancia fue tal que “la mayor parte de los contemporáneos comenzaban a imitarlo”, y a éstos, mencionó su nieto, los llamaba “del cuello torcido”.

Posteriormente, sobre todo después de su muerte, ha ido cambiando la opinión de algunos de los críticos influyentes sobre el significado de la obra de González Martínez. “Octavio Paz, quien en muchas ocasiones ha visitado la casa de mi abuelo, es el primero en abrir fuego contra el autor de 'Silenter' y 'Los senderos ocultos', al afirmar en 'Las peras del olmo' que ‘la severidad de González Martínez, la ausencia casi de todo elemento imprevisible, sal de la poesía, y el didactismo que tiñe parte de su obra, han hecho que se le considere como el primer poeta hispanoamericano que rompe con el modernismo: al cisne enfrenta el búho...’ Me interesa poner de relieve que si la sustitución del cisne por el búho determina, como quiere Paz, que González Martínez cuando “desnuda y deshoja” al modernismo, cuando lo despoja “de sus adherencias sentimentales y parnasianas” se torna “el único poeta realmente modernista que tuvo México”, entonces ya no es el cisne el que representa al modernismo y sus limitaciones, sino que lo es ahora el búho. El cisne es, de acuerdo a Paz, el representante superficial y fenómeno del modernismo, el búho es símbolo profundo y esencial de la corriente”.

Aquí es donde según González Rojo está la traición de Paz, porque “traiciona, pues, la intención de Enrique González Martínez, invirtiendo el significado que el poeta asigna a las aves

contrapuestas y adjudicando al “hombre del búho” exactamente lo contrario de lo que éste se propone realizar”.

La figura poética de Enrique González Martínez “tendrá que ser revaluada. Pero también deberá releerse la prosa de nuestro poeta porque, siendo de factura magistral, intensa y de altos vuelos, además de poseer una importancia histórico-literaria indudable, no podrá ser ignorada por los lectores sagaces y los críticos inteligentes”, concluyó Enrique González Rojo.

“Excelsior”, viernes 18 de abril de 1986.